

LIBRO PRIMERO

EL MATRIMONIO CRISTIANO

CAPÍTULO PRIMERO

La santidad del matrimonio

Armonía de los sacramentos con la vida humana.—El matrimonio es santo.
—1.º Santidad del matrimonio en su institución primitiva.—Bodas típicas de nuestros primeros padres; como Dios las bendice.—En que consiste la esencia del matrimonio: el contrato, el lazo.—Como Dios da un carácter sagrado al lazo matrimonial.—2.º Santidad del matrimonio elevado por Cristo á la dignidad de sacramento.—Tradición y doctrina de la Iglesia.—En que consiste el sacramento del matrimonio.—Sus elementos, sus ministros, gracia que produce.

PARA determinar y comprender bien el lugar que merece el matrimonio en la vida cristiana, es necesario conocer la sublime armonía de las sagradas señales que Cristo ha instituido, á fin de hacer partícipe á la humanidad de los frutos de la Redención. Estas señales están maravillosamente adaptadas á las evoluciones de nuestra naturaleza, á las diversas fases y á los diversos accidentes de la vida humana. En el orden de nuestra regeneración y de nuestro perfeccionamiento naturales, la sabiduría divina se ha propuesto hacer marchar la naturaleza y la gracia bajo un mismo ritmo, y establecer entre ambas un paralelismo armonioso.

Nadie ha descrito y aplicado este paralelismo, mejor que Santo Tomás.—«Entre la vida corporal y la espiritual, dice, hay una conformidad que es preciso no olvidar, si se quiere comprender

la alta conveniencia de los sacramentos. La primera fase de la vida corporal, es la generación: el hombre comienza á ser y á vivir en el seno que le ha concebido: nace, saludado por un grito de alegría y colmado de caricias, á las cuales se agregan el amor y la esperanza. Sin embargo, es sólo aún un pequeño ser que debe desarrollarse: el volumen y la fuerza van aumentando, obedeciendo á los impulsos de una vida enteramente joven: esta vida, no obstante, no tendría virtud sinó por un sólo instante, si no estuviese sostenida por un alimento que se renueva á medida que se gasta: generación, crecimiento, nutrición; es ya mucho para una naturaleza impasible. Desgraciadamente, el hombre está sujeto á enfermedades que es necesario curar, con remedios que aseguren el triunfo de la salud sobre la dolencia; hay que emplear un régimen que haga desaparecer hasta los últimos vestigios del mal, y devuelva al paciente la plenitud de sus fuerzas.

«Tales son las evoluciones, las fases y accidentes de nuestra vida física: luego, todo esto se reproduce en nuestra vida espiritual, en la cual los sacramentos se suceden armónicamente.

«Un sacramento nos engendra en el *Bautismo*, cuya fuerza generatriz, más penetrante y fecunda que aquellas que en la naturaleza vivifican los gérmenes, se apodera de nuestro sér y nuestras potencias, las transforma, y les da una vida de justicia y santidad que no nos podía transmitir la generación natural, empobrecida por la prevaricación de nuestros primeros padres. Habíamos muerto sobrenaturalmente y hemos resucitado: no éramos sinó hijos del hombre y hémos ya hijos de Dios, ingeridos á la santa humanidad de Aquél, en quien se repone toda naturaleza caída.

«Este nuevo sér necesita una fuerza de desarrollo, que le haga pasar de la infancia á la adolescencia, de la adolescencia á la virilidad cristiana. Un sacramento de esta fuerza: es la *Confirmación*, nueva infusión del Espíritu de Dios, cuya virtud consiste en añadir, á los hábitos sobrenaturales que hemos recibido con nuestra generación espiritual, una unción que les afirma aún más, dones que los completan, la inteligencia, la prudencia y la sabiduría para nuestro espíritu; el consejo, la fortaleza y el temor de Dios para nuestra voluntad; la piedad para nuestro corazón; en una palabra, todo lo que puede elevar el alma y sus facultades santificadas, y disponerlas para la perfección de la vida cristiana.

«Esta vida cristiana, necesita como la vida física, el conservarse.—La alimenta otro sacramento: la *Eucaristia*, carne y sangre del Salvador, ocultas bajo las apariencias de los elementos reparadores que se asimilan á nuestro cuerpo; verdadero pan de vida prometido por Cristo á aquellos á quienes el trabajo fatiga, la lucha vence y el pecado hace caer: pan sobresubstancial que puede, si queremos, ser el pan cotidiano.

«A pesar de tantos y tan grandes socorros sobrenaturales, no estamos aún firmes en el bien: el mal nos solicita y nos halaga: sucede á veces que nuestra alma fatigada y rendida se va por el camino de la iniquidad y se extravía. Se necesita algo más que luz, para volver al áspero sendero que le debe conducir á la eterna bienaventuranza: esta luz no haría sinó demostrar su impotencia y hacer mayor su desesperación. Esta alma enferma necesita un remedio.—Un sacramento la cura: es la *Penitencia*, con la cual recibe en cambio de sus humillaciones, de sus confesiones y de su arrepentimiento, el perdón de sus faltas, sellado con un abrazo misterioso de Cristo que le comunica de nuevo la virtud de su sangre, y opone á la corriente mortal del pecado, la contra-corriente vivificadora de la gracia.

«Pero el pecado es pertinaz, y como estas enfermedades largas y crueles que la medicina logra vencer, no deja en nosotros vestigios de su paso: vestigios fácilmente olvidados en las agitaciones de la vida, y cuyos recuerdos se despierta á la hora de la muerte, para engendrar en el alma cristiana, obligada á sostener el último asalto del espíritu del mal, profunda tristeza y temores inexplicables.—Un sacramento nos cura de estos temores y tristezas: es la *Extrema-Unción*, cuya virtud entra en las almas por todas las puertas de los sentidos profanados, destruye los restos del pecado y provoca una suprema crisis de convalecencia espiritual, que termina con la indefectible santidad de la vida eterna, y de la cual la muerte nos traza el camino.

«Así pues, toda la vida humana, desde la cuna al sepulcro, va acompañada de los sacramentos: la eficacia de estos signos sagrados, hace marchar la gracia al mismo paso que la naturaleza: dirigidas ambas por Dios, permanecen unidas estrechamente en la armonía de sus períodos (1).»

Esto por lo que se refiere á la vida individual. Pero no olvidemos que somos una sociedad, y formamos un solo cuerpo re-

ligioso: luego el cuerpo religioso, naturaleza múltiple y compleja, debe tener como los individuos, sus sacramentos.

«Es necesario un gobierno que conserve la unidad de los elementos de que se compone, protegiéndoles contra las tendencias naturales á la dispersión: es necesaria una representación para todos los actos públicos que deben llevarse á cabo, en nombre de la multitud. Este gobierno, esta representación, constituyen otro sacramento: es el *Orden*, origen divino del sacerdocio. Colocado á la cabeza del cuerpo religioso, para gobernar y verificar entre el cielo y la tierra los sagrados cambios de la oración y de la gracia, el sacerdote sería un usurpador, si no espere, el ser llamado á tan grande ministerio: el pueblo necesita ver algo más que un hombre vulgar, en aquel que regula su vida religiosa y resume en su persona los actos más solemnes. A este rey espiritual, hay que darle una consagración que infunda respeto á la multitud y le haga digno de tratar las cosas santas. Por esto, se prosterna bajo las manos fecundas de un pontífice, investido antes que él, de la dignidad misma á que aspira, y gracias á este sacramento que recibe, la vieja monarquía de la cual viene á ser un ministro coronado, se conserva en pié después de diez y ocho siglos, mientras que el óleo de las consagraciones se seca y pierde su prestigio en la frente de los reyes de la tierra: gracias á la inagotable virtud de este sacramento, no cesa jamás este movimiento de las cosas, de la tierra al cielo y del cielo á la tierra.

«La sociedad cristiana, gobernada y religiosamente representada por un hombre consagrado, posee con el sacramento del Orden una garantía de estabilidad.

«Pero la muerte hace cada día víctimas que despoblarían á esta sociedad, que la reducirían á la nada, sinó se reparasen estas pérdidas. Un sacramento la renueva: es el *Matrimonio*, que se apodera de una de las funciones de la naturaleza, santifica las fuerzas de la vida, y prepara una serie de hijos de Dios, de seres sagrados, allí donde los generadores vulgares no habían engendrado sinó seres profanos. (2)»

Así como la familia natural es el fundamento de todas las sociedades civiles, así también la familia cristiana es el fundamento de la gran sociedad espiritual, gobernada, perfeccionada por el sacerdocio. El origen de la familia natural es la unión del hom-

bre y de la mujer, pero para que esta unión sea el origen de la familia cristiana, Dios la ha trasportado del mundo de la naturaleza, al mundo de la gracia, elevándola á la dignidad de sacramento.

El matrimonio es pues, uno de los dos sacramentos sociales. Este es un hecho importante. Debe servirnos de punto de partida, y aún como principio, para determinar el estado, los derechos y los deberes de aquellos que se unen bajo la ley de la gracia, para rectificar las falsas ideas, disipar las preocupaciones, confundir los errores, negar las pretensiones de los que quieren reducir el matrimonio á la condición de cosa profana, entregándolo á los caprichos sacrilegos de los legisladores humanos. Respetamos las leyes humanas, ciertamente, pero no dejamos de censurarlas, cuando las encontramos como verdaderos obstáculos, en el camino de la verdad divina y de la justicia eterna.

Consideremos, desde luego, la santidad del matrimonio en su institución primitiva por Dios, Creador de la humanidad, y en su exhalación por Cristo, autor de los Sacramentos.

§ I.

DE LA SANTIDAD DEL MATRIMONIO POR SU INSTITUCIÓN DIVINA.

Después de haber establecido Dios los fundamentos de la tierra, y ordenado los elementos para adornarla, creo las fuerzas vivas á las cuales mandó reproducirse: *Creded y multiplicaos* (3). Este breve epitalamio, inauguró en los aires y las llanuras, en las montañas y en el fondo de los mares, las bodas universales que durante largas épocas, precedieron á la aparición del hombre.

Discreto himeneo de flores en el fondo de corolas embalsamadas, amorosos encuentros de seres que se mueven en busca de compañeros ó compañeras, para renacer y propagarse en nuevas familias, unión de parejas y multiplicación de la vida; todo esto está lleno de venerables misterios, porque en todo esto, Dios quiso mezclar algo de su infinito poder y de su eterna vitalidad. Obedeciendo el precepto divino, los individuos se completan el uno por el otro, para venir á ser un sólo principio de vida. Asociados á la fecundidad de Dios, perpetuan lo que debe pere-

cer, y á través del espacio y del tiempo, prolongan la eficacia del acto creador.

Este misterio se engrandeció con la vida. Dios no había adornado la tierra sinó para prepararla á recibir su rey. Por esto dice.—*Hagamos al hombre, y hagámosle para que sea rey* (4) y lo hizo á su imágen y semejanza; tan grande, tan hermoso, tan perfecto, que todos los séres van luego á sus piés para reconocer su imperio y recibir de él los nombres que les quiere dar (5). Existe todo lo necesario para mandar; sin embargo Dios pronuncia aquellas palabras—*no es bueno que el hombre esté sólo; hagámosle ayuda semejante á él* (6).

Porque el hombre debe imitar su principio, cuya tendencia es el comunicarse, porque no puede guardar para sí todos los gérmenes de vida que Dios ha depositado en sus entrañas, porque según la profunda reflexión de Santo Tomás, las otras funciones de la inteligencia humana no deben ser sacrificadas á las funciones inferiores, de las cuales nace la vida del cuerpo, por esto, es necesario al hombre una ayuda, en la cual resida toda la fuerza pasiva de la generación, y de la cual, él conserva como soberano dispensador, toda la fuerza activa. *Hagámosle ayuda semejante á él*, dice el Señor.

¿De dónde vendrá esta ayuda?—Del barro de que ha salido el hombre?—No: el hombre no sería ya, como Dios, el único y primer principio de la vida en su raza, si el ser humano que debe asociarse no hubiese sido sacado de sus entrañas. «*Duerme, hijo mio*, dice el Señor, *duerme*.» Y bajo la influencia de un magnetismo divino, Adán, echado sobre las flores del Paraíso, cae en un misterioso sueño, durante el cual, Dios saca una de sus costillas, la cubre de carne y hueso, y hace de esta parte del hombre, animada con otra alma, la mujer, hermosa y púdica novia del adormecido Adán. (7) Admirada, atónita de la vida que acaba de recibir, Eva espera. ¡Rey del mundo, despiértate! ¡A las bodas, á las bodas! Y Adán despierta, contempla con sus ojos á la que ha visto en su sueño profético, y comprende que con ella quedará completa su perfección. Él es la inteligencia, ella el corazón; él es la idea, ella el sentimiento; él la majestad, ella la hermosura; él es la fuerza, ella la dulzura; él es el que manda, ella la que insinúa; él es el germen de la vida, ella es la tierra fértil en la que debe germinar la vida. Adán la admira, y se entenece, se entusiasma, y de su

corazón lleno de un nuevo amor, se escapa el célebre epitalamio que revela al mundo futuro, la esencia y las santas leyes del matrimonio.—*He ahí la carne de mi carne y hueso de mis huesos: esta será llamada Varona, porque del varón fué tomada: por la cual dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su mujer: y serán dos en una misma carne* (8). A este grito de amor, Dios responde con una bendición, de la cual sale la humanidad, y somete á su imperio todos los séres que había ya bendecido y fecundado. «*Creced y multiplicaos: henchid la tierra y sojuzgadla: tened señorío sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra*» (9).

Tal es el primer matrimonio, el matrimonio típico. Es importante considerar su esencia, porque á esta verdad fundamental, se refieren las grandes cuestiones de los derechos y los deberes de que habremos de hablar.

Según la opinión más corriente, la esencia del matrimonio es el cambio de dos actos libres, por los cuales el hombre y la mujer se entregan el uno al otro, para reproducir su propia vida, crear una familia y completarse mutuamente en una vida común. No recelamos en afirmar, que la mayor parte de los cristianos, aún teniendo en cuenta la bendición de la Iglesia, á la cual atribuyen la virtud de dar á la unión conyugal un carácter sagrado, no tienen otra idea del matrimonio. ¿Es así, un puro y simple contrato, cuya única esencia consiste en el acto recíproco por el cual se hace la donación y aceptación de las personas? esto es un error.

Sin duda alguna, el matrimonio es un contrato, pero un contrato que no se parece en nada á las demás convenciones humanas: es el más elevado, el más respetable y puede decirse, el más singular de los contratos: lo que el hombre transmite, no es uno de estos bienes subalternos que sólo son accesorios de su persona ó de su vida: no es su casa, su campo, su rebaño, su fortuna, su trabajo, sus servicios, el fruto de su inteligencia y de su industria; es él mismo, su propia persona, su entidad viva, y con su persona los bienes que posee y le corresponden, y con su persona los derechos más delicados y más íntimos.

El hombre ha tenido siempre esta ambición de poseer á su semejante: abusando de la fuerza, se ha apoderado violentamente de todas las vidas humanas, impotentes para defenderse de sus

brutalidades, y ha creado la esclavitud. ¡Es mio! decía de los miserables que se sometían á sus necesidades, á sus codicias, á sus caprichos, á sus pasiones, á sus desórdenes.—¡Es mio! Grito feroz y sacrilego, que recuerda los días más tristes de la humanidad. ¡Es mio! Ah! No: el hombre no tiene el derecho de decirlo de otro hombre. Dos séres tan sólo pueden decirse el uno al otro.—Tú eres mio!, porque se han dado libre y enteramente.—¡Tú eres mio! Yo soy tuyo! Este es el grito que resonó en el Edén, cuando el padre y la madre del género humano se unieron á la presencia de Dios.

El hombre y la mujer se dan el uno al otro, por el cambio de sus voluntades y consentimiento. ¿Por qué? ¿es solamente para obedecer al mandato divino, que quiere que el acto creador del cual ha salido la humanidad, se prolongue indefinidamente á través de los siglos? ¿es sólo por el placer de verse revivir en retoños que se les parezcan? ¿es sólo para conservar en el seno de las sociedades humanas, un foco de vida, del cual dependan su existencia y su fuerza? No: la multiplicación de la especie es un bien que honra al matrimonio, pero hay un bien más elevado, más delicado, más íntimo al cual tiende la unión conyugal: este bien, es la compenetración de dos vidas, para no formar más que una sola; es el mútuo perfeccionamiento de estas dos vidas, la una por la otra: es una inteligencia que se funde en otra inteligencia, un corazón en otro corazón: es un carácter que da ó presta á otro carácter lo que le falta: son las cualidades que se templean y se equilibran una por la otra, son las virtudes que se comunican del uno al otro los matices más armónicos.

Todas estas perfecciones se hacen en provecho de los cónyuges que las adquieren, y aún más, de los hijos que deben educar, después de haberles dado la vida: porque al pacto natural, sucede un pacto más noble y también más laborioso, el pacto de la vida intelectual, moral y religiosa. A esta obra es á la que, las dos vidas perfeccionadas del hombre y la mujer, aplican toda su virtud, y esta obra es el sublime fin de su contrato.

De la misma manera que se ha llevado á efecto, reconócese la influencia del motivo que ha determinado la unión de las voluntades y de los consentimientos: entre el hombre, la mujer y el hijo hay sociedad de amor, y el amor sólo puede fundarla: no el amor que sólo está en los sentidos, pasión ciega y fragil que se

desvanece apenas se halla satisfecha, sinó el amor del corazón: de un corazón sensible que ilumina la razón, de un corazón que no se enamora locamente de los efimeros encantos, de que sólo gozan los ojos, sinó del que busca en el respeto y el cariño, las bases de una fiel y duradera adhesión.

He ahí el contrato matrimonial en su objeto, en su fin y en sus motivos. El nos hace comprender la diferencia de las dos bendiciones, por las cuales Dios comunica á los vivos su fecundidad. A los animales y á las plantas se limita á decirles: *Creced y multiplicaos*. Es bastante. La flor inmóvil y silenciosa deja caer, ó se deja arrebatar inconscientemente, el polvo fecundante que le debe reproducir: el animal obedece á las leyes fatales del instinto que le impulsa á buscar su compañera, su fecundidad es el fruto de una unión brutal, y esta unión pasajera no cambia para nada su naturaleza. Pero al hombre y la mujer que aplican su razón y su corazón en la elección del ser que asocian á su vida, al hombre y á la mujer que se entregan libremente y por completo, al hombre y á la mujer que se conocen partícipes de la acción creadora de Dios, al hombre y á la mujer que comprenden la gran honra de engendrar un semejante suyo, al hombre y á la mujer que se perfeccionan y comunican su perfección en la sociedad conyugal, al hombre y á la mujer que no se unen como los séres vivientes de las especies inferiores, sinó que se casan, Dios les debía una bendición más amplia, más magnífica.

Así hemos oído que en el momento mismo en que eleva la unión humana, y une el imperio del mundo á las promesas de la fecundidad y al mandamiento de la reproducción, dice:—*Creced y multiplicaos, henchid la tierra y subyugadla: tened señorío sobre los peces, del mar y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.*

Esta era una consagración digna del venerable y singular contrato cuyo objeto es tan precioso, el fin tan noble y el motivo tan puro y tan dulce. Sin embargo, este contrato no es la esencia misma del matrimonio. Si los teólogos han llamado contrato al matrimonio, es para declarar la causa, (10) no para determinar la esencia. Pero, se preguntará ¿cuál es pues esta esencia? Hela ahí. Téngase cuidado que aquí sentamos un principio de suprema importancia para nuestra doctrina matrimonial. La esencia del matrimonio es la conjunción, la obligación, el lazo resultante del